

Francesc de Carreras

La España que casi llegó

El pasado lunes, el notario López Burniol, el escritor Antoni Puigverd y yo mismo estuvimos reflexionando en CaixaForum sobre las ideas de Pi y Margall contempladas desde la perspectiva de hoy. La sesión llevaba el sugestivo y discutible título de “Pi i Margall i l'altra Espanya (que no arriba)”.

Francisco Pi y Margall nació en Barcelona en 1824. Tras licenciarse en Derecho estudió el doctorado en Madrid y desde entonces hasta su muerte en 1901 residió siempre en la capital. Como se sabe, Pi y Margall fue el más significado representante de las ideas federales en la España de su tiempo y prácticamente el único que defendió el federalismo desde entonces hasta hace muy poco, hasta la experiencia del Estado de las autonomías en la actual etapa democrática.

¿Por qué hasta ahora no ha habido federales en España? Esta es una buena pregunta. Antes de pasar a contestarla digamos que a pesar de que el Estado liberal español fue construido bajo esquemas centralistas, a imitación del modelo francés, durante el siglo XIX hubo corrientes que se declararon federalistas, situadas principalmente en el liberalismo democrático radical, lindante a veces, confusamente, con el anarquismo y el socialismo. Entre estas corrientes se movió en sus primeros años de vida política Pi y Margall, hasta llegar a presidente, durante poco más de un mes, de la breve, convulsa y desgraciada I República de 1873. Pero fue tal el fracaso de esta que, aparte de Pi y Margall y, a su muerte, de su hijo Pi Arsuaga, el federalismo apenas tuvo seguidores en España porque tal palabra evocaba, a derecha y a izquierda, desorden, caos y desintegración. Ni la II República quiso denominarse federal (se le puso el nombre de Estado integral), ni con dicho término se denominó el actual Estado de las autonomías, que no tiene denominación constitucional alguna.

En la Catalunya de fines del XIX y principios del XX hubo partidos y corrientes de izquierdas que se llamaban a sí mismas federales, más o menos seguidoras de Va-

lenti Almirall, un discípulo de Pi que rompió con su maestro en 1881 y dio paso al primer nacionalismo catalán. El actual PSC es el heredero de estas corrientes. Por su parte, el catalanismo de derechas, la Lliga de Prat de la Riba, se mostró siempre distante del federalismo de Pi. La prueba más fehaciente está en el libro de Duran i Ventosa *Regionalismo i federalismo*, publicado en 1905, antes de *La nacionalitat catalana* de Prat. Jordi Pujol, heredero de este catalanismo, se ha mostrado también siempre contrario al federalismo. Por tanto, el catalanismo político, a derecha e izquierda, nunca ha sido federal, siempre ha sido nacionalista. El



JAVIER AGUILAR

racionalismo democrático, contractualista y laico de Pi y Margall nada tiene que ver con el sentimentalismo romántico que ha estado siempre en la base del catalanismo político.

Pi y Margall, por tanto, se quedó solo y sin continuadores. Quizás por ello, tras su fracaso como gobernante, se decidió a publicar en 1876 *Las nacionalidades*, un libro de gran interés, donde expone un modelo de Estado federal para España, inspirándose en las únicas experiencias federales de la época, es decir, Estados Unidos, Sui-

za y Alemania. Pi y Margall, principal redactor del proyecto de Constitución federal de 1873, intenta justificar dicho proyecto, a pesar del fracaso, para así mostrar la posible validez futura de un Estado federal para España.

Cien años después de su muerte, puede decirse que, sigilosamente, sin que nadie se enterara, las ideas de Pi en buena parte han triunfado. De la actual Constitución no se deducía claramente un modelo federal, pero su desarrollo ha conducido a un Estado de este tipo. En efecto, el modelo autonómico, igualadas en lo sustancial las competencias de todas las comunidades durante los años noventa, podía ya incluirse en esta forma territorial de Estado. Sólo faltaba culminar el modelo con instituciones de integración, en especial un Senado federal, e incrementar la cultura política propia del federalismo, es decir, aumentar la colaboración y la mutua lealtad entre las comunidades y el Estado.

Esta era la situación del Estado de las autonomías en el año 2003. Se le estaba comenzando a dar la razón a Pi y Margall: su modelo de otra España, distinta a la centralista, estaba ya a punto de llegar. En este momento, sin embargo, se produce un giro: el Estatut de Catalunya. Un giro del que todavía no sabemos con certeza las consecuencias que tendrá ni hacia dónde irá. En todo caso, al modelo de Pi y Margall se le pretende oponer el

modelo plurinacional y asimétrico, con distintas competencias entre comunidades, con relaciones bilaterales en lugar de instituciones federales.

Hablábamos el otro día en CaixaForum, decía al principio, de “Pi y

Margall y la otra España (que no llega)”. ¿Qué no llega? Me permitiría corregir el título: se trata de una España que recorrió noventa y nueve metros y que le faltaba uno para llegar a los cien, a la España plenamente federal. Por tanto, casi llegó. Pero los actuales sucesores de Almirall y de Prat de la Riba, el PSC y CiU, con el respaldo de Zapatero, improvisando siempre, impidieron que las ideas federales, las de Pi y Margall, finalmente se impusieran. Mientras, nos hallamos en la incertidumbre de quienes están en el limbo: a la espera de una sentencia a la que se le pide injustamente aquello que los políticos, los legisladores, no han sabido resolver.●

Lluís Foix



La realidad salta a las calles

Las consecuencias de la crisis económica global que estalló en plena campaña electoral norteamericana en el otoño del 2008 han llegado a Europa en este largo invierno de inestabilidad social y de miedo colectivo al futuro. Los gobiernos intentan imponer necesarias medidas de austeridad, países como Grecia tienen que ser rescatados por las economías de la zona euro, las empresas buscan la competitividad recortando personal y aligerando gastos, se habla de bajadas de impuestos y reducción de sueldos, de prolongar la edad de jubilación y otras propuestas de ajuste. Es la cuadratura del círculo.

Los manuales indican que una crisis económica de calado es seguida de una crisis social y finalmente de una crisis que cambia el panorama político. Ocurrió en los años treinta y noventa del siglo pasado. Europa tiene que aceptar la realidad, trabajar y esforzarse más, no endeudarse hasta puntos insostenibles. Las tibias manifestaciones del miércoles en varias ciudades españolas son el primer aviso de los suyos al presidente Zapatero

Europa ha dado por supuesto que puede gestionar una riqueza que ya no existe

que tendrá que decidirse si quiere recorrer la crisis con los sindicatos y sus fieles votantes o bien hace caso a las recomendaciones del Banco de España, de los organismos internacionales y de los analistas que sólo ven la salida de la crisis con las reformas que están ahora en manos de una comisión que no llegará a ningún acuerdo. Es la hora de la verdad.

La situación española no es una excepción en Europa. Grecia quedó paralizada ayer por una huelga general. El tráfico aéreo se colapsó prácticamente en Alemania por la huelga de un día de Lufthansa y paros intermitentes se registraron en Francia en aeropuertos y plantas petrolíferas. El gigante automovilístico Fiat ha despedido temporalmente a treinta mil trabajadores anunciando nuevas acciones que se producirán si la demanda no despierta.

Las protestas y convulsiones sociales se van a repetir a lo largo de este año en muchos países de la Unión. No veremos el fervor revolucionario del mayo francés de 1968 pero sí que sufriremos las consecuencias del descontento general de una Europa que no puede vivir de las rentas que ya no existen para mantener el gasto que comporta la actual economía social de mercado.

Los gobiernos son responsables de cuanto ocurre. Pero también las empresas, los sindicatos, los ciudadanos en general que pensábamos que se podía crecer sin esfuerzo, sin ahorro, con hipotecas y créditos a veinte o treinta años.

Europa ha dado por supuesto que podía gestionar una riqueza que ya no existe sin esforzarse por ser competitiva, apretándose el cinturón, pensando que se podía obviar aquella afirmación del canciller Erhard cuando decía que para repartir la tarta hay que crearla primero.●

F. DE CARRERAS, *catedrático de Derecho Constitucional de la UAB*

Carmen García Ribas

Estereotipos, sumisión y culpa

A mis alumnas les digo que no busquen las palabras en el diccionario, que sientan la experiencia que les aporta una palabra para conocer su auténtico significado. Por ejemplo *familia* es un concepto que se usa para todo, para vender turrón de Navidad, para llenar de expectativas los discursos políticos, incluso para provocar grandes dosis de culpa y sumisión. Es un concepto protector más intenso aún que Dios o que el dinero, en su función de ahuyentar el miedo al fracaso, al rechazo o al desamparo, que sentimos todos.

Pero para las mujeres la experiencia del término *familia* va más allá, es un estereotipo que deben cumplir para ser acep-

tadas. Veo cada día a mujeres profesionales, universitarias, buenas –en el mejor sentido de la palabra buena, como dijo el poeta– que viven mutilando su identidad para responder a los mandatos familiares. Deben complacer las expectativas del padre “que tanto creyó en su valía”, obedecer los deseos de la madre que, muy probablemente y sin tener conciencia de ello, les transmitirá las mejores maneras de ser sumisa, continuando la cadena que ha ubicado a las mujeres del mundo y de la historia en la perpetua insignificancia. Muchas de las profesionales con las que trato se desesperan al no poder conciliar (término peligrosamente femenino, por cierto) los mandatos de su familia, con la construcción de su identidad, que es su salud, su vida y su poder. ¿Por qué tiene la palabra *familia* ese poder subyugante y demole-

dor? ¿Por qué muchas familias se construyen en la sumisión y no en el respeto y la aceptación? He buscado la etimología y familia viene del latín *famulus*, grupo de siervos y esclavos patrimonio del jefe de la gens. ¡Ah!, ya. Está claro.

Hombres y mujeres deseamos pertenecer, a un grupo, una etnia, un país, un equipo de fútbol o a una familia. La familia es el grupo que acoge tu identidad, la nutre y la protege, esto es respeto y cariño. Las otras redes humanas construidas sobre la sangre, el apellido o el techo, solo son familia si se cumple el requisito anterior, si no son redes de sumisión donde sucumbe el talento y la felicidad de las mujeres. Pero ¿y los hombres...? Hablaremos de ellos en otra ocasión. Y siguiendo con el poder evocador de la palabra, me pregunto: ¿por qué la mafia se llama la familia?●

C. GARCÍA RIBAS, *directora del máster en Liderazgo Femenino de ESCI-UPF*